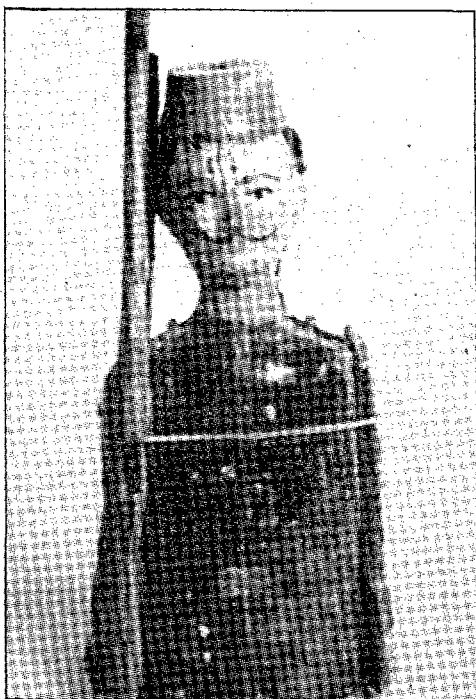
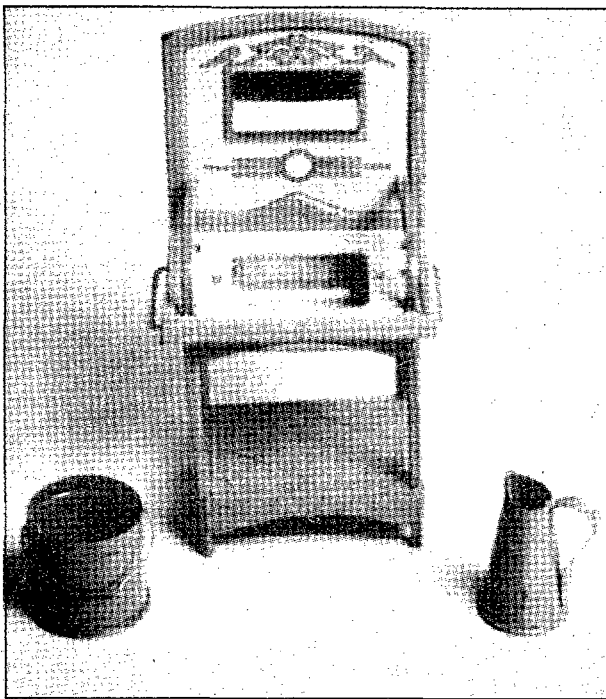


## Estética



Tres juguetes viejos de la exposición de Valencia

## Una exposición "camp" en Valencia

## En busca del juguete perdido

BEL CARRASCO

Como ir a la búsqueda del juguete perdido con el tiempo de la infancia irre recuperable es recorrer la exposición que ha montado estas Navidades en una de sus salas el Ayuntamiento de Valencia con la colaboración de la Asociación de Amigos del Juguete de esta ciudad, la única de este tipo que existe en España. Un paseo por el pasado para los adultos propensos a la nostalgia, un entretenido paseo para los niños de la década entre objetos que poblaron los

El próximo martes, 6 de enero, comienza la breve historia de la pasión por el juguete nuevo, objeto inocente y lúdico que dura en la vida cotidiana lo que un caramelo a la puerta de una escuela. Luego, enseguida, el juguete es el juguete roto, y la pasión decrece. Aumenta a la larga, cuando el juguete roto se convierte en objeto antiguo y cobra la categoría intransitable del artículo de museo. En esta página se analiza esa aventura gozosa y triste del juguete.

universos infantiles de las últimas generaciones de españoles que hemos ido naciendo.

Desde el clásico caballo de cartón y la prehistórica bicicleta de madera o las antiguas familias de

muñecas *peponas* hasta los diversos vehículos de autopropulsión y arrastre. Un repertorio de objetos, aparatos, mecanismos y chismes contruidos en papel, madera, hojalata o plástico que reproducen

o simulan el mundo de los mayores.

Mucho han evolucionado los juguetes en los últimos años. Cambian, sobre todo, los materiales y el diseño. Pero los principales temas y motivos inspiradores permanecen. Tal podría ser el mensaje o enseñanza de la exposición de juguetes valencianos, concebida, por otra parte, como pura exhibición recreativa sin afán pedagógico: la constancia y universalidad de los principios que animan el juego de los niños en su aprendizaje del ser adulto.

Las colecciones particulares de varios *jugueteros* valencianos que han conservado sus juguetes preferidos reunidos en esta oportuna muestra navideña, abierta al público hasta el 14 de enero, constituyen una fiel visión retrospectiva desde la empobrecida y triste niñez de posguerra hasta el despuntar del plástico y el milagro del desarrollo económico.

Estampas, cromos, recortables, muñecas, camiones, carros, juguetes bélicos, tiouvivos, juegos de playa, construcciones, etcétera, se ordenan según un sencillo criterio de clasificación en pedestales y vitrinas. Hay juguetes de niños ricos, como maravillosos trenes eléctricos, coches de pedales o proyectores de cine, y juguetes rústicos, que reflejan formas de vida y costumbres rurales, como la deliciosa tartana de hojalata, prototipo del juguete valenciano.

En conjunto, la exposición ratifica además la larga tradición juguetera del País Valenciano, donde la industria del juguete en localidades como Aldaya, Ibi, Ondara o Denia, se encuentra en posibilidad de competir con las manufacturas alemanas o inglesas. La Feria Internacional del Juguete, que se celebra anualmente en Valencia, así como la existencia singular de la Asociación de Amigos del Juguete, son prueba de la continuidad de esa antigua tradición en la invención y realización de la cosa lúdica.

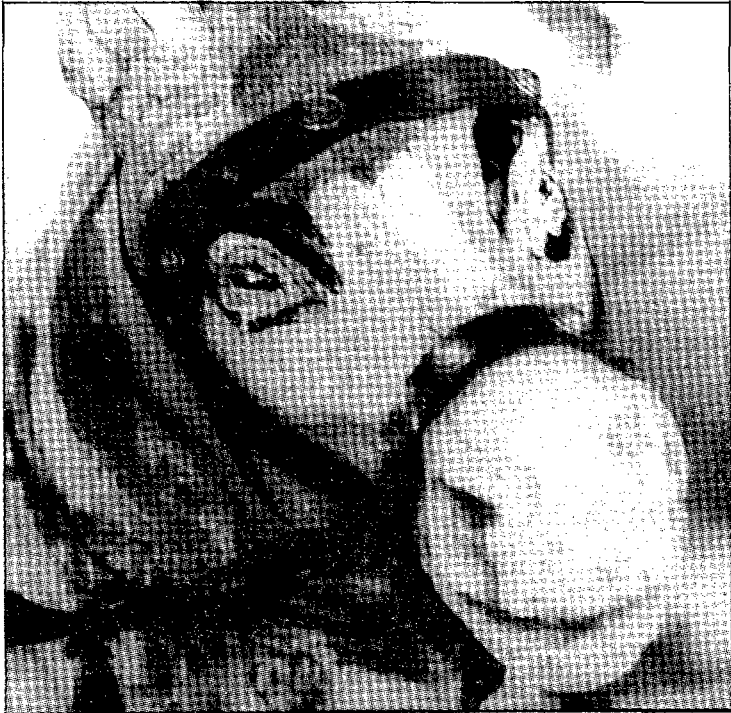
La propuesta de ludotecas o biblioteca de juegos que lanza con motivo de esta exposición la Asociación de Amigos del Juguete de Valencia es su dimensión oculta y posiblemente más interesante. En síntesis, el proyecto de creación de ludotecas consiste en ampliar los servicios de las bibliotecas públicas y populares al préstamo de juguetes y el uso colectivo de juegos y juguetes dentro y fuera de sus locales.

## La muerte de los objetos inocentes

VICENTE VERDU

Los juguetes han dejado de ser esos objetos inocentes y absortos, sólo móviles en los recintos de la fantasía. Silenciosamente, desarrollando un proceso próximo al horror, los juguetes se han incorporado y nos hablan, caminan hacia nosotros, lloran, andan cuando escuchan el sonido de la voz, cantan o enferman, se les escucha, rotundo y muy cercano, el sonido del corazón.

La condición de los juguetes era antes claramente tributaria del destinatario humano. Aparecían coloreados y relucientes en los escaparates, pero había en ellos un gesto inequívoco de necesidad y llamada. La secreta amenaza que siempre ha residido en el juguete, en su enanismo o su ojo fijo, provenía más de su ambigua menesterosidad que de su arrogante autonomía. Clamaban nuestro acercamiento porque su máxima tragedia era no encontrar poseedor y llegar a disolverse para siempre en la expectativa de sus cuerpos mudos. Cuerpos emasculados o neutros, a la espera de un intérprete que les infundiera y les dedujera, reciclada, la ocasión de vida. Eran juguetes que, en su oferta extrema, no incluían, por adelantado, el juego, sino el hueco propicio para ser vividos en el juego que propusiera el jugador. Su actitud era, por decirlo de otro modo, un drama en cero donde podía acogerse con holgura el mundo dramático de quien a él se abrazara.



JOSE BADIA

Un juguete roto y superviviente.

Los juguetes modernos forman, por el contrario, un cosmos cada vez más cerrado que parece poder funcionar cumplidamente sin nosotros. El juguete contemporáneo (electrónico, automático, habilidoso de por sí) vive su significado en el sistema del juguete y cada uno parece remitirse antes a otros juguetes que a los supuestos destinatarios humanos. Así, el muñeco teledirigido es del orden del tanque o la grúa teledirigida en un sistema plétórico respecto al

cual el niño es ahora la figura inocente y absorta, de mirada fija.

## Limbo desarticulado

El juguete no habita ya un limbo desarticulado de cuya ambigüedad, al borde de la sepultura, le libra el aliento de los niños. La contemplación del juguete y sus extraordinarias facultades autistas no suscita nada semejante a una ternura de redención. Los juguetes modernos son seres para ser observados con admiración y con la ilu-

sión de instalarlos bajo nuestro dominio. El afán de poseerlos radica menos en la perspectiva de otorgarles vida o de emprenderla junto a ellos que en la ilusión de su sometimiento. Por ello, aunque se pueda manipular con ellos, ni nosotros podemos jugar con ellos ni ellos pueden jugar con nosotros. Su repertorio de habilidades actúa como un programa restrictivo y excluyente.

El juguete moderno muestra cuanto sabe hacer como una exhibición de su propio mundo, pero puestas las expectativas en lo que el juguete hace por sí y no en lo que puede hacer gracias a nosotros o en conjunción con nosotros; su argumento pasa pronto de ser casi todo a ser casi nada. Entrevisto, insinuado, prometido, el ansia de dominación que despierta es grande, pero una vez conocido y dominado, el juguete no sirve. Lo que había sido estimado un prodigioso artificio enseña su rostro de subnormalidad y obsolescencia. La muñeca que canta siempre canta lo mismo y no es capaz de aprender ninguna canción más, pero, a la vez, porque ha cantado ya *realmente* algo, bloquea para imaginar con ella que pueda cantar cualquier cosa. Igualmente, el cohete que anda con el sonido de la voz o el bolido teledirigido, raramente serán utilizados, tras averiarse, para otros destinos fuera del programa que el juguete traía marcado.

El juguete organizado y con repertorio propio nos excluye tanto de su mundo al comienzo de la re-

lación como nosotros somos reacios a incorporarlo en el mundo de nuestra fantasía una etapa más tarde.

El juguete tradicional, sin mecanismos tan seductores como reductores, vive junto al niño y se nutre con su memoria en una antigua amistad que se modela y recobra otros escorzos. El juguete moderno, por el contrario, opera como un objeto consumible que agota su razón de ser una vez digerida su dosis de misterio. Tras ello, el juguete, a costa de otras posibilidades de relación, queda arruinado y olvidado. Podría decirse que en la imposición de su efímero misterio inicial expulsa la proyección del misterio ajeno y agosta así, para siempre, su oportunidad de permanencia.

Animados, gárrulos, robotizados, los juguetes modernos son un exponente de la fragilidad relacional con el objeto de consumo. Los juguetes tradicionales se ofrecían como cuerpos subanimados, dispuestos y proclives para ganar vida. Los juguetes contemporáneos, por contraste, son «vivos», aniquilan la vida imaginaria en un simulacro de poseer excluyentemente toda la vida real. La consecuencia es palpable en el abigarrado cuarto de los niños: cuando los juguetes del primer tipo claudican por el uso, son, en el peor de los casos, «trastos», restos con memoria; pero cuando a los segundos se les rompe su interior, aun conservando reluciente la carcasa, son, inevitablemente, cadáveres.